

Parinoush Saniee
Los que se van
y los que se quedan

Traducido del francés por M.^a Dolores
Torres París

Alianza editorial

Título original: *Aanhaa ke raftand va aanhaa ke maandand*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta de Lucía Moreno Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Parinoush Saniee, 2017
© de la traducción: María Dolores Torres París, 2022
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-027-7
Depósito legal: M. 19.284-2022
Printed in Spain

Primer día

El suelo huía bajo mis ojos. Los escasos árboles parecían avanzar conmigo, mientras que, a lo lejos, las montañas de color púrpura permanecían totalmente inmóviles. La voz del tío Mohsen me sobresaltó.

—¿Qué estás mirando?

¿Cuándo había entrado en mi compartimento?

—La naturaleza, el paisaje, el mundo. Quiero ver cómo son desde el otro lado.

—¿Cómo? ¿Crees que son diferentes?

—¡No! La tierra tiene el mismo color, los árboles y el río también, incluso las montañas. Todo es igual. Por lo menos de momento. Tal vez cambie en función del tiempo que haga.

—¿De verdad creías que todo iba a cambiar en cuanto cruzásemos la frontera?

—Todo no. Pero, de todas formas, algo ha cambiado. ¿Tú no has notado nada?

—¿El qué? ¿Otras especies de árboles?

—¡No! Soy yo. Algo ha cambiado en mí. Puede que el mundo sea más o menos igual en todas partes, seguramente más hermoso en algunos lugares que en otros. Pero yo me siento diferente. Mi lugar está allí, no aquí. Aunque estoy deseando descubrirlo todo, noto una especie de distancia. Aquí solo soy una observadora. No sé cómo explicártelo.

Me miró sorprendido y sus labios esbozaron involuntariamente una sonrisa sarcástica.

—¡Tienes unas cosas! Estás muy seria, querida sobrina. Olvida todo eso. Solo son clichés que te han metido en la cabeza. Tampoco tienes nada tuyo al otro lado de la frontera.

—¿Sentir que perteneces a un lugar no significa nada para tí?

—No. Todo lo que sé es que habría sido mejor nacer en otro lugar y no aquí —refunfuñó—. Y en tu caso mucho más.

Miré el rostro arrugado que tanto quería, a pesar de la expresión de inquietud y cansancio que nunca lo abandonaba. Mi mirada directa lo turbó y le hizo arrepentirse de sus palabras. Alzó la voz para cambiar de tema. Agitando las manos, declamó en tono teatral:

*Sa'adi, es bueno amar a la patria.
Pero, ¿debo morir de pena
por haber nacido aquí?*¹

Giramos la cabeza cuando oímos la voz de la abuela:

—Dokhi, mi reina, ¿podrías darme un vaso de agua, por favor?

El tío Mohsen puso una mano en el hombro de la abuela.

1. Saadi Shirazi, eximio poeta persa del siglo XIII. (*Todas las notas son de la autora.*)

—Buenos días, mamá. ¿Qué tal estás?

—Voy tirando. Pero estaba tan nerviosa que no pegué ojo en toda la noche. Fíjate que tu pobre sobrina se pasó la noche en vela por mi culpa.

Me miró con cariño mientras se acomodaba en el asiento.

—Que Dios te bendiga —dijo, tomando el vaso de agua que le tendía.

—No es nada, abuela. Solo cumplo con mi deber.

—¿Tu deber? ¿Qué deber, mi cielo? Ninguno de mis nietos me cuida como tú.

—Porque tus otros nietos tienen padres. Pero, como tú me has criado, me debo más a ti que ellos.

El tío Mohsen se sentó a su lado.

—¿Qué te preocupa, mamá? Hemos cumplido todos tus deseos. No querías volar, y hemos cogido el tren. Querías que todos estuviéramos aquí, y no falta nadie. Querías que trajésemos recuerdos y regalos, y lo hemos hecho. Entonces, ¿qué te preocupa?

—Sé que lo habéis hecho todo a pedir de boca, pero no puedo evitarlo. Tengo los nervios a flor de piel. Y me dan palpitaciones cuando pienso que esta noche volveré a ver a todos mis hijos. Es como estar asomada al abismo. Llevo veintiocho años esperando este día. No he hecho más que pensar en este momento, preparándome para él, ensayando todo lo que le diré a cada uno de ellos. En mi mente los he abrazado, me he extasiado con su perfume y los he besado tantas veces que apenas puedo creer que esta vez sea de verdad. Mi emoción es tan grande que me pregunto si podré soportarlo. Tengo miedo de morir antes de volver a verlos. ¿Y si me da un infarto? Tu pobre padre se llevó con él a la tumba el sueño de volver a verlos algún día.

Se le quebró la voz y se enjugó las lágrimas que le resbalaban por el rabillo del ojo.

—Mamá, por favor, no empieces.

La puerta del compartimento se abrió. La tía Maryam entró con su eterna sonrisa, sujetando el vuelo del chador para evitar que quedase enganchado en la puerta.

—Buenos días, mamá, ¿estás despierta?

—No sabría decirte. Es culpa de la niebla mental. Mi mente se acelera en cuanto intento dormir y no logro descansar. Y, cuando me despierto, siento como si estuviera soñando. Y vosotros, ¿habéis dormido algo?

—Hamidi se quedó como un tronco nada más apoyar la cabeza en la almohada. En cuanto a Somayeh y a Meysam, con tanto trajín estaban muertos de cansancio y han dormido a pierna suelta. Por mi parte, estoy tan emocionada por volver a verlos a todos que tampoco he pegado ojo.

—Te entiendo muy bien.

La tía Maryam y el tío Mohsen intercambiaron una mirada. Sentados a ambos lados de la abuela, trataban de animarla. Maryam pasó un brazo alrededor del cuello de su madre y dijo con una sonrisa:

—Sé sincera, mamá, ¿a quién has echado más de menos?

—¡Eso ni se pregunta! —se adelantó el tío Mohsen, encogiéndose de hombros—. ¿A quién va a ser? ¡Al médico! ¡A Mohammad! O, como decía papá, al príncipe heredero. Sobre todo, porque es al que no ve desde hace más tiempo. ¿Cuánto, por cierto?

—Treinta años.

Maryam fingió sorpresa.

—¿Treinta años? Pero si volvió a Irán dos veces... ¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Treinta y cinco años. Y, tienes razón, solo volvió dos veces en todo ese tiempo: en 1973 y en 1976.

—¡Qué memoria! ¿Y te quejas de envejecer? ¡Qué envidia! A mí se me olvida todo, mientras que tú, ¡anda que no tienes fechas grabadas en la memoria!

—Son las más importantes de mi vida. ¿Cómo iba a olvidarlas? Es como los cumpleaños de mis hijos o el día de mi boda. Pero estas son las fechas de la separación. De la primera separación. Recuerdo con exactitud el día y la hora en que Mohammad se fue, llevándose un trozo de mí. Todavía era joven y mis otros hijos me mantenían muy ocupada. Tenía muchas responsabilidades, así que no me quedó más remedio que hacer de tripas corazón y seguir adelante con la vida. Pero nunca superé la pena.

—Por supuesto —intervino Mohsen con voz temblorosa—. Mohammad era la niña de tus ojos.

—Todos vosotros sois la niña de mis ojos. Habría preferido que ninguno de vosotros me hubiese dejado nunca.

—Pues ya ves, mamá, soy el único al que has conseguido retener.

—Tu padre también quería mandarte fuera. Su intención era que te marchases tan pronto como Mohammad pudiera sufragar sus propios gastos escolares. Pero, mientras tanto, te admitieron en la universidad en Irán y hubiera sido una pena dejar tus estudios a medias. Lo discutimos con Mohammad y decidimos que te irías al extranjero para hacer el posgrado.

—Yo creo que al que más echa de menos mamá es a Mehdi —intervino Maryam—. Después de todo, es el benjamín de la familia.

Levanté la vista de mi diario: ¡Pobre tía Mahnaz! Parece que nadie se acuerda de ella. Será porque solo lleva veintisiete años fuera.

La abuela no pudo contener un hondo suspiro.

—¡Qué queréis que os diga! ¡Por quién empezar, si los extraño tanto a todos! Es como preguntarme qué parte de mi corazón está más rota.

—¡Mamá, por favor, para! —se impacientó Maryam girándose—. Antes de este viaje, eras la viva imagen de la contención. Siempre he admirado tu sentido común, tu paciencia y tu fe. Supuse que habías aceptado esa separación, que te habías resignado. Pero, desde que empezamos a organizar este reencuentro, no pareces tú misma. No comes, no duermes. Has adelgazado. Te consume la ansiedad. ¿Qué le ha pasado a mi tranquila y razonable madre?

Dirigiendo los ojos inquietos hacia la ventana, la mirada de la abuela se perdió en la lejanía. Su voz era firme y apacible:

—Mirad ese río. Su destino es desembocar en el mar. Si construimos una presa en su curso, se transformará en lago. Se quedará quieto hasta que encuentre una grieta en el hormigón. ¿Creéis que entonces el agua acumulada detrás del embalse se vaciará silenciosa y pacíficamente? ¡No! Bramará y rugirá. No soportará ese obstáculo ni un minuto más. Empujará con todas sus fuerzas hasta destruir la presa. Se transformará en crecida incontrolable, arrasando todo a su paso. Mientras pensaba que no volvería a ver a mis hijos, me mantuve tan tranquila como un lago. Aparentemente. Pero, ahora que sé que la presa ha reventado, no puedo contener los sentimientos que he estado reprimiendo durante todos estos años. Se ha abierto una brecha y deseo con todas mis fuerzas que esta separación termine. No me pidáis más paciencia. Con Habib se agotaron todas mis reservas de paciencia.

Mi abuela, que fue profesora de literatura durante muchos años, es una mina de metáforas, refranes, poemas y anécdotas. Sus discursos sentenciosos siempre me irritan, aunque no sepa muy bien por qué. Me puse de pie.

—Tío, ¿puedo ir a tumbarme en tu compartimento mientras charlas con la abuela?

—Por supuesto. No hay nadie. Están todos en el vagón restaurante. ¿Qué llevas en la mano?

—Mi diario. He decidido escribir todo lo que sucede en este viaje. Así lo recordaré siempre.

—¿Y de qué te servirá eso?

—No lo sé. Simplemente me apetece hacerlo.

Salí de nuestro compartimento y entré en el del tío Mohsen. Las literas estaban deshechas y las sábanas arrugadas. Me tumbé en la de arriba. Me embargaba la tristeza, pero ellos no lo entendían. Nadie entiende lo doloroso que puede ser no tener recuerdos. Quiero grabarlo todo, registrar todos los acontecimientos exactamente como se producen. Sin olvidar su aroma y la sensación del momento. Por eso me paso el tiempo garabateando mi diario o tomando mentalmente notas que luego transcribo. Mi mano se adormece. Me pesan los párpados. Será mejor que duerma un poco.

*

Me había quedado transpuesta cuando Afsaneh irrumpió en el compartimento con Sanaz y Ardeshir, empujando delante de ella a un tío Mohsen visiblemente molesto.

—¿Y ahora qué pasa? —protestó—. ¿Es que no puede uno estar tranquilo ni un momento?

—Habla con él. Alguien tiene que decirle que se ocupe de sus asuntos y que no meta las narices en los de los demás. ¡Qué cenizo! ¡Ya es mala pata! Para una vez que vamos al extranjero, tiene que acompañarnos la policía religiosa². No puede dejarnos en paz, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—¡Del meapilas de tu cuñado!

—Ah... ¿Qué ha hecho ahora?

—Cuando me he cruzado con él me ha dicho con mucho retintín: «¿Te has quitado el pañuelo nada más cruzar la frontera? ¿Crees que el pecado es menos grave aquí?». También es culpa tuya. Por consentírselo. Ya te dije que nos iba a dar la murga y arruinarlos el viaje.

—Este no es un viaje de placer. No estamos aquí para divertirnos. Nos prometimos que los aguantaríamos durante diez días para complacer a mamá. Al fin y al cabo, no somos nosotros quienes pagamos el viaje. Tú estabas de acuerdo, así que, por favor, haz un esfuerzo.

La puerta de la cabina se abrió y se cerró de nuevo. Como siempre, Mohsen había preferido batirse en retirada. Podía imaginarme fácilmente la cara de exasperación de Af-saneh.

—¡Eso lo dirás tú! —continuó mascullando—. Yo veo las cosas de otra manera. Si no se tratase del futuro de mis hijos, nunca habría aceptado ir con esa gente. Pero este viaje debe cambiar nuestra vida. Sanaz, ¿me estás oyendo? Depende de ti. Arréglatelas como puedas y convence a uno de

2. Departamento de la policía iraní encargado de vigilar la moralidad, controlando, por ejemplo, la decencia de la indumentaria, verificando que las mujeres se cubran bien la cabeza o impidiendo cualquier contacto entre individuos del sexo opuesto que no sean miembros de la misma familia.

tus primos para que se case contigo. Michael, el hijo de tu tío Mohammad, estaría muy bien. Además, eso sacaría de quicio a tu tía Mahnaz. Me repatea su esnobismo.

—¡Pero, mamá, Michael es demasiado viejo! ¡Debe de llevarme trece o catorce años!

—¿Trece años? Eso no es nada. Es lo ideal. Ya conoce la vida y es hora de que sienta la cabeza y disfrute de la compañía de una mujer.

—Si nos ponemos así, mejor casarse con un viejo de setenta años. Por lo menos conocerá la vida de verdad.

—No seas idiota.

—Lo digo en serio. Puede que Michael haya vivido mucho, pero ¿y yo qué? Todavía no he hecho nada de nada de mi vida. ¿Cuándo me va a tocar a mí? De todos modos, no me gustan los viejos. Le iría más a Dokhi.

—Pobre Dokhi, si estuviese en el mercado, se sabría.

Estaba segura de que no se habían dado cuenta de mi presencia, pero no me apetecía saber qué más tenían que contar de mí a mis espaldas. Sabía perfectamente lo que Afsaneh pensaba de mí. No quería que dijeran nada más por temor a que aumentase la distancia que nos separaba. Al fin y al cabo, no tengo a nadie más que al tío Mohsen, alguien que esté realmente a mi lado. Me gusta su familia, a pesar de sus problemas. Me incorporé y me golpeé la cabeza contra el techo. Afsaneh lanzó un grito agudo.

—¿Se puede saber qué haces ahí arriba?

—El tío Mohsen me dijo que su compartimento estaba libre... —Hice una pausa, temiendo provocar otra discusión entre ellos—. Tenía sueño. Pensé que si me acostaba en la litera de arriba no molestaría a nadie.

—Ya. Vale. No hay problema.

Me lanzó una mirada inquisitiva, preguntándose qué había escuchado de su conversación.

—Precisamente hablábamos de ti.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué decíais?

—Nada importante.

—Mamá tiene planes para mí —intervino Sanaz—. ¡Quiere que me case con Michael! ¿No te parece ridículo? Yo creo que deberías casarte tú con él. Sería más adecuado para ti.

—No estoy preparada para eso.

Afsaneh respiró aliviada.

—Eso es exactamente lo que le he dicho. Pero hablemos con franqueza. ¿No estás preparada o no quieres casarte por culpa de la abuela? Tienes que pensar en ti y en tu futuro. Sé que ya te han hecho proposiciones. ¿Por qué rechazas a todo el mundo?

—No lo sé. De momento, no pienso en el matrimonio.

—De todos modos, Dokhi, como te descuides, se te va a pasar el arroz. Si tus padres estuvieran entre nosotros, seguramente ya te habrían encontrado un marido.

—Afsaneh, por favor, no hablemos más de ello. Me incomoda.

Afsaneh se tranquilizó. Siempre es así. En un momento explota como un volcán y al segundo siguiente es cariñosa y ponderada. Continuó tranquilamente.

—Alguien tiene que decírtelo. Te juro por mis tres hijos que estoy preocupada por ti. Para mí eres la mejor de toda la familia. Es como si fueses la hija de todos. Y me da la impresión de que no nos ocupamos de ti como es debido. Ninguno es capaz de ver más allá de sus narices. Por otra parte, les vendría de perlas que te quedases en casa. Así no tendrían

ningún cargo de conciencia por dejar a la abuela sola y podrían descargar sobre ti todas sus responsabilidades.

—La abuela y la tía Maryam no paran de repetirme que debería casarme. Pero ya sabes que no es fácil para mí. Todavía no me conozco. No sé quién soy ni qué debería hacer. ¿Cómo voy a ocuparme de la vida de otra persona si no sé a qué atenerme yo misma?

—Querida sobrina, planteas el problema al revés. Todas tus dudas se desvanecerán en cuanto te cases.

Sanaz zanjó la discusión con su habitual sentido del humor.

—Yo tampoco estoy preparada, pero a mamá le importa un bledo. Para ella, un marido es la solución a cualquier problema, sobre todo si vive en la otra punta del mundo. Incluso tiene un candidato en mente. Qué más le da a ella que yo no quiera casarme, que él no tenga ni idea de sus planes o que no hablemos el mismo idioma, ni nos hayamos visto nunca y no sintamos nada el uno por el otro. Cuando a mamá se le mete una idea en la cabeza, es imposible hacerla cambiar de opinión. Si la dejas, ella decidirá por ti.

—Estoy tratando de encontrar una forma de sacarte de aquí. Lo hago por tu propio bien. Y, a lo mejor, hasta puedes llevarte a tu pobre hermano contigo.

—¿Has visto? ¡Me está tendiendo una trampa para que Siroos pueda darse la gran vida!

—¿Una trampa? ¿Cómo una trampa? Es lo mejor para ti. Y sería aún mejor si Siroos también consiguiera hacerse un hueco allí. Dokhi, por favor, habla con él.

—¿Con quién?

—Con Siroos. Ha dejado de tomar las pastillas otra vez. Esperaba que este viaje le sentaría bien, pero hasta ahora es todo lo contrario. Está terriblemente nervioso.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Se pasa el rato vagando por los pasillos. Se aburre.

Ardeshir, que estaba jugando con el iPad de su hermano, gritó:

—¡Dokhi, no lo traigas aquí! Me echará la bronca y no me dejará jugar.

Salí del compartimento riendo. Recorrí con la mirada el pasillo en ambos sentidos. Las ventanillas del tren eran como cuadros panorámicos que mostraban el paisaje desde ángulos ligeramente distintos. Fui en dirección opuesta a nuestro compartimento.

*

Encontré a Siroos dos vagones más lejos, de pie frente a una ventanilla abierta, cerca de las puertas del tren. Había asomado la cabeza por la ventana. Se le había erizado el cabello y tenía los ojos cerrados. Me coloqué a su lado sin decir una palabra.

—¿Qué pasa? Te han mandado a buscarme otra vez, ¿no?

—¿Cómo otra vez? No estarás insinuando que te acoso, ¿no? Me apetecía un té y he venido a ver si querías acompañarme. No me gusta estar sola.

Se apartó de la ventana y se alisó el pelo con las manos.

—¿Sabes cuál es nuestro problema? Tenemos un montón de parientes, y eso no impide que nos sintamos solos.

—¡Tú y tu filosofía barata! ¿Vienes o no?

—De acuerdo, pero a condición de que no haya nadie más.

—No te preocupes. ¡No tienen ninguna gana de hacernos compañía!

—Tanto mejor. Me sacan de quicio.

Nos dirigimos lentamente hacia el vagón restaurante. Nos cruzamos con otros pasajeros, así que tuvimos que pegarnos a los laterales para dejarlos pasar. Sujeté a Siroos por la manga para impedir que se escabullera. El vagón restaurante estaba casi vacío. Nos sentamos en una mesa cerca de una ventana.

—A ver, explícame por qué los otros te ponen de los nervios. ¿Qué te han hecho?

—¿Has visto lo felices que están? Parece que todos sus sueños se hacen realidad.

—¿Qué sueños?

—Sueños estúpidos: viajar al extranjero sin gastar un céntimo, no llevar pañuelo, beber alcohol sin miedo a unos cuantos latigazos, hablar sin riesgo de que te metan en la cárcel, ir a discotecas, escuchar música...

—Y para encontrarse con los hermanos y hermanas que no han visto durante años.

—Eso no es más que un pretexto. ¿Qué sentido tiene ver a parientes que ni siquiera conoces?

—¿Te estás haciendo de verdad esa pregunta? ¿No te alegras de que nos reencontremos después de tantos años?

—¿Por qué iba a alegrarme? Ni siquiera los conozco. ¿Qué más da que los vea o no?

—¿Cómo que no los conoces? Somos de la misma sangre, tenemos las mismas raíces. La abuela y los demás nos han contado muchas cosas de ellos, de su infancia juntos, de las travesuras que hacían... He oído algunas de esas historias tantas veces que me da la impresión de haber estado allí y haber asistido a todo eso.

Frunció los labios.

—Di lo que quieras, pero no los conocemos. La abuela nos ha llenado la cabeza de anécdotas sobre su infancia y juventud. Sabemos que, cuando tenía cinco años, nuestro tío mayor, el médico, meó en el dispensador de agua delante de los invitados. Que rompió un cuenco de frutas muy valioso en casa de la señora Mahin. Que a los nueve años le partió la cara al hijo del vecino para defender a mi padre. Sabemos que cuando la tía Mahnaz tenía cuatro años, se puso un chador y fingió estar casada. Que el tío Mehdi era el ojito derecho de todos. Que durmió en brazos del abuelo hasta los siete años y chupaba un chupete a escondidas. Todo lo que conozco de ellos en la actualidad es una voz confusa y distorsionada que escucho una vez al año cuando mamá y papá me obligan a llamarlos para desearles feliz año nuevo. Me sorprendería que todo lo que sabemos de ellos nos sirviera de algo con los vejestorios que vamos a conocer.

—¿No tienes gana de conocer a tus tíos y a tus tías? ¿Tampoco a tus primos?

—¡No tengo ningún interés! ¿Para qué? Hemos vivido sin ellos todos estos años y, por lo que a mí respecta, pueden quedarse donde están hasta el fin de los tiempos. ¿Crees que me apetece oírlos fardar de la maravillosa vida que llevan? ¿Que me da envidia que puedan acceder a la universidad sin tener que hacer el examen de selectividad? ¿O escuchar a los más jóvenes hablar de sus ligues, de sus fiestas y de discotecas con las que solo puedo soñar? ¿O presumir de su independencia y ponernos los dientes largos describiendo el último modelo de coche que pueden permitirse con trabajar solo unos meses? ¡Cochazos que nunca podré comprarme después de veinte años de sangre, sudor y lágrimas!

—¡Vaya! Tienes razón, te corroe la envidia. Todos los países tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Nosotros también tenemos cosas que ellos no tienen.

—Ah, ¿sí? ¿Qué, por ejemplo?

—¡Una patria! En cierto modo, ellos son refugiados. ¿No has notado la nostalgia que tienen de Irán?

—Sí, claro. Empiezan a lloriquear por su país en cuanto toman un par de copas. Se quejan de su soledad y se enternecen con su patria y sus asquerosas cunetas. Te habrás fijado en que, cada vez que echan de menos Irán, el primer recuerdo que les viene a la cabeza es el barro. Te juro que, al primero que diga que añora el barro, le doy un puñetazo en la cara.

—¡Cálmate! No sabía que los detestabas hasta ese punto. ¿Cómo puedes odiar a gente a la que no has visto nunca y que no te ha hecho nada?

—¿Que no los he visto nunca?

Se volvió hacia la ventanilla. Su tono cambió, como si ya no pudiera hablar sin acritud.

—He visto a miles como ellos. Son todos iguales. La familia de mamá viene a visitarnos todos los años y te puedo decir que es cualquier cosa menos divertido. Por desgracia, no tienen más familia en Irán que nosotros, así que nos cabe el honor de recibirlos en nuestra casa en cada una de sus visitas. Hay que chuparse varias horas en el aeropuerto solo para tener el privilegio de llevar sus maletas, que pesan toneladas. Los llevamos a casa, donde se instalan como si fuese la suya, y y a nosotros nos toca arrastrar nuestros sacos de dormir del salón al recibidor y del recibidor al pasillo. ¡En una ocasión incluso tuve que dormir en la cocina! Y luego esperan que saltemos de alegría con los trapos de mercadillo que nos traen.

—¡Exageras! Gracias a esos trapos, como tú dices, siempre vas tan bien vestido.

—Allí, hasta la ropa de mercadillo es elegante. Puedes estar segura de que no se parten el culo para comprar esas cosas. Somos nosotros los que los tratamos a cuerpo de rey. La pobre de mi madre se pasa el día en la cocina preparándoles desayunos, comidas y cenas. Tiene que rebajarse ante sus hijos, unos pederros mimados y maleducados. No paran de pedir platos a la carta: que si sopa de fideos, que si *ghormeh sabzi*³, que si *halva*⁴. ¡Y luego se sorprenden de que todos tengan cagalera! Menean la cabeza con gesto preocupado y, como si no quisiesen ofender a mamá, insinúan que han debido de comer algo que no estaba lavado. Y ahí tienes a la pobre de mi madre jurando y perjurando que lo ha lavado todo escrupulosamente. ¡Ninguno de ellos está dispuesto a reconocer que inflarse a comer todas esas frutas y platos diferentes podría enfermar al más pintado! La contaminación les pica en los ojos y la garganta y nos miran preguntándose cómo hacemos para sobrevivir. Luego tenemos que consolar sus corazones afligidos cuando sus secreciones nasales se vuelven negras.

—¿Sus qué?

—Sus mocos. El suegro de la tía Roya se quejó de que sus secreciones nasales se habían vuelto negras por culpa de la contaminación en Irán.

Me eché a reír, pero Siroos siguió muy serio:

—Luego rajan del tráfico y dicen que serían incapaces de conducir en semejantes condiciones. Cada vez que van en

3. Este plato tradicional iraní, también conocido como *estofado verde*, se elabora con cordero, verduras frescas salteadas y alubias, y se sirve con arroz.

4. Dulce de almendras aromatizado con azafrán y agua de rosas.

coche, se cagan por la pata abajo, se agarran al asa y no paran de gritar como descosidos, pasmados de que nosotros no estemos aterrorizados como ellos.

—En eso hay que darles la razón. El aire está realmente contaminado y ellos no están acostumbrados. Y hay que admitir que conducir en Teherán es un infierno. Tú también echas pestes y no paras de decir tacos cuando conduces.

Pero a estas alturas de la conversación Siroos estaba sumido en sus pensamientos y no me escuchaba.

—Nuestros gastos se duplican de golpe, y también las peloterías entre papá y mamá. Papá acaba haciendo horas extras y pidiendo un préstamo para seguir con sus delirios de grandeza. Se atiborran en las fiestas organizadas en su honor y luego se quejan de que engordan. En cuanto beben un par de copas de más, entonan canciones lacrimógenas sobre la patria y nos explican lo afortunados que somos por vivir en Irán, rodeados de tanto amor y amistad. Aseguran que, en los países en los que viven, la gente no tiene ni pizca de humanidad, que nadie se preocupa por los demás. Les gustaría pasar toda su vida en Irán. Pero como su vuelo de regreso se retrasa, aunque solo sea un día... ¡Menuda catástrofe! Se desesperan. Tendrías que verlos. Parecen pájaros enjaulados. Empiezan a rezar, a hacer buenos propósitos. Por fin llega la fecha de su partida. Les compramos regalos, les organizamos fiestas de despedida. Y nos tiramos toda la noche en el aeropuerto esperando a que se vayan. ¡Y, en cuanto despegan, llega el siguiente grupo y vuelta a empezar! Un verdadero maratón. Cualquiera diría que no tenemos vida propia y que solo estamos aquí para atender a nuestros visitantes. Pero, eso sí, el día en que uno de nosotros acaba yendo a sus países, esgrimen todo tipo de excusas y dicen que están demasiado

ocupados para ir a buscarnos al aeropuerto. ¿No es lo que nuestro tío, el eminente médico, le dijo a Parvin?

—Seguramente estaba muy ocupado. A lo mejor, tenía una operación programada.

—¿Por qué los defiendes siempre? ¡Si ni siquiera los conoces! Ah, se me olvidaba. Hay que ser justo. Toda esa gente tiene algo en común: la certeza de que los mejores cementerios están en Irán. Se mueren por ser enterrados allí. Al fin y al cabo, no es tan mala idea. Pasas tu vida en el mejor país del mundo y reservas Irán para tu muerte.

—Eres injusto. Tus tías se alegran mucho de veros cada vez que vienen. Solo hay que ver lo contenta que está tu madre cuando tiene a toda su familia a su alrededor. No niego que le dé mucho trabajo, pero en contrapartida es feliz y se divierte. Sanaz me dijo que los mejores días de su vida son cuando sus tías visitan Irán.

—Esa niña está majareta. Llora cada vez que se van. Y mamá, tres cuartos de lo mismo. No puedes dirigirle la palabra durante un buen rato, hasta que se le pase. Es como si estuviesen de luto. Ese es el panorama que dejan tras ellos nuestros queridos huéspedes del extranjero.

—No te entiendo. ¿Por qué solo ves el lado malo de las cosas?

—Veo la realidad tal y como es. ¿He dicho una sola mentira? Es que no los soporto.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te han hecho?

—Se aprovecharon de nosotros. Nos dejaron a los pies de los caballos y ahora se ríen de nosotros. Vuelven una vez al año para revivirlo.

—Cogieron lo que era suyo y se fueron. ¿Y a ti qué te importa? Incluso dejaron muchas cosas que les pertenecían.

¿Sabes lo que creo? No estás enojado con ellos, sino contigo mismo. Sé sincero. Los que vas a conocer esta noche, esos contra los que destilas tu veneno, son de tu misma sangre. Han venido desde el otro lado del mundo solo para vernos. Se han gastado mucho dinero y nos han invitado a este reencontro. Es nuestra familia. Por favor, sé más tolerante. Quítate las anteojeras.

—Si me quito las anteojeras, la luz me deslumbrará y no veré nada. Estaré completamente ciego.

—¡Perfecto! Es mejor estar ciego que considerar a todos como enemigos.

*

La tía Maryam y su marido, el señor Hamidi, acababan de entrar en el vagón restaurante con sus hijos, Somayeh y Mey-sam. Los saludé con un ademán. Se dirigieron hacia nosotros, pero, en cuanto el señor Hamidi me vio, bajó la mirada y se sentó en la primera mesa libre que encontró. Involuntariamente, me llevé la mano a la cabeza descubierta y me sentí culpable.

—¡Hola, chicos! —gritó la tía Maryam—. ¿Lo estáis pasando bien?

—Sería más divertido si Siroos no protestara todo el tiempo. Hace que el mundo parezca un infierno. No sé por qué es tan negativo.

—Tu padre te estaba buscando, Siroos.

—¿No se cansan de buscarme? Me agobian. Estoy harto de decirles que no soy ni un niño ni un lisiado, pero a ellos por un oído les entra y por el otro les sale. Es inútil. Es como pedir peras al olmo.

—¡Vaya, hombre! —protesté—. ¡Qué diatriba! Deberías alegrarte de que se interesen tanto por ti. ¡Si fueras mi hijo, te mandaría al rincón y dejaría que te pudrieras allí para siempre! Sé lo que quiere de ti el tío Mohsen. Por lo visto, no te has tomado la pastilla esta mañana.

—Exacto. Ni pienso tomarlas nunca más.

—¡Es una gran idea! Tienes mucha razón. Los calmantes nos noquean y nos hacen dormir. No sirven para nada.

—No puedo dormir de otra manera. Si no los tomo, tengo insomnio.

—Pues, eso, tómatelos —le solté—. Ya estoy harta de tu mal humor y tus recriminaciones. Interpretas al revés todo lo que se dice.

Refunfuñando, Siroos se levantó de su asiento y caminó por el estrecho pasillo entre las mesas hacia la salida. La tía Maryam se echó a reír.

—¡Bravo! Eres la única que puede hablarle así. Ven y siéntate a tomar el té con nosotros.

Me levanté y la seguí. Mi prima Somayeh, de doce años, estaba sentada junto a su padre. Su juventud estaba oculta bajo un chador negro atado a la nuca con una goma. Llevaba muy mal tener que usar el velo. No paraba de tamborilear sobre la mesa con las yemas de los dedos y el movimiento de los labios revelaba que estaba cantando una canción para sí. No sé lo que estaría mirando por la ventanilla, pero aparentemente no tenía ninguna gana de estar en el tren. Meysam también estaba pegado al cristal, aburrido como una ostra. El señor Hamidi frunció el ceño al verme y concentró su atención en la tetera como si la viese por primera vez en su vida.

—Ya he tomado el té —me justifiqué—. Iré a ver a la abuela, si no os importa. Podría necesitar algo.

*

Veo a la abuela con la cabeza apoyada contra el respaldo. Las arrugas del cuello me parecen más pronunciadas que otros días. Está mirando por la ventana, pero quién sabe por dónde vagan sus pensamientos. La observo y escucho una voz que recita en mi cabeza:

*Cuando te miro
veo un árbol solitario
al otro lado de la ventana,
cuajado de hojas de otoño
de un amarillo febril,
veo una imagen
que refleja la superficie agitada
de un arroyo que corre.⁵*

Sacudo la cabeza. No debería permitir que los pensamientos negativos ensombrezcan mis días. Un murmullo me indica que la abuela ha salido de su ensoñación. Me muevo un poco. Me da la impresión de que acaba de notar mi presencia.

—¿Qué estás escribiendo?

Le sonrío sin responder y sin levantar la cabeza del diario. Sabe lo que hago. Noto que está cansada.

—¿Cuándo llegamos? Me asfixio.

—Pronto. ¿Te apetece un té?

—No, querida. El tren se balancea tanto que no es fácil ir al baño.

5. Poema de Forough Farrokhzad, célebre poetisa iraní que murió en un accidente de tráfico en 1967 a la edad de treinta y dos años.

—Puedo acompañarte si necesitas ir.

—No te preocupes. Puedo prescindir del té. Solo espero que esto no dure demasiado.

—Trata de dormir un poco. Ayuda a pasar el tiempo.

—No soy capaz.

—¿Quieres que te lea algo?

—Te vas a marear si lees con el tren en marcha.

—¡Qué va! Estoy acostumbrada.

Saqué el libro que había traído y empecé a leer. Apenas había leído unas páginas cuando mi voz empezó a resonar extrañamente en mi cabeza. Me ardían los ojos. El tiempo y el espacio se confundieron y se difuminaron en la lejanía. Las palabras huían, llevadas por el ruido monótono de las ruedas. El libro se volvió demasiado pesado para mis manos. Lo sentí caer y me hundí en un túnel oscuro.

*

La habitación estaba casi a oscuras, las paredes eran altas y las ventanas, invisibles e inalcanzables. La pálida luz de una bombilla manchada de hollín proyectaba extrañas sombras sobre las paredes. Algunas mujeres charlaban en un rincón. Una niña cansada y aburrida hurgó debajo de la cama y sacó una maleta. Sus manos chiquititas jugaron con los cierres. Sintió un dolor agudo en las yemas de los dedos y se mordió el labio con sus dienteitos. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero finalmente consiguió abrir la maleta. Una sonrisa de triunfo iluminó su carita. Los vestidos de papel salieron volando de la maleta. Seis rostros aterrorizados se volvieron hacia ella. Alguien gritó. La piel de los rostros empezó a estirarse. La niña retrocedió unos pasos. Los rostros eran

verdes. La atmósfera se volvió cada vez más pesada. No hay aire..., no hay aire..., no hay aire...

—¡Dokhi, querida! ¡Despierta!

Alguien me daba palmadas en la cara y sentí que el calor se extendía por todo mi cuerpo.

—¿Dónde está el espray? ¿Dónde has dejado tu bolso?

Abrí los ojos. Noté las mejillas mojadas de lágrimas o de sudor. Se hallaban todos en torno a mí. El tío Mohsen parecía enfadado y la tía Maryam tenía los ojos llenos de lágrimas. Afsaneh me abanicaba con un libro. Cerré los párpados y traté de respirar. Por fin logré inspirar profundamente. Una voz en mi cabeza decía: «La próxima vez puede que no lo consigas».

La puesta de sol alargaba las sombras. El tren disminuyó la velocidad. Ante mis ojos pasaban edificios dispersos, cada vez más apretados. Estaba abatida. Siempre estoy un poco aturdida y deprimida después de un ataque de asma. Lamenté no poder refugiarme en un tranquilo rincón para llorar a gusto. Ardía en deseos de sumergirme en la emoción del viaje, de disfrutar de aquella nueva libertad, de saborear plenamente mi alegría, pero era como si una mano invisible me retuviese.

Ardeshir abrió la puerta del compartimento, excitadísimo. Estaba colorado como un tomate.

—¡Estamos llegando! Ya han puesto las maletas en el pasillo. ¿Por qué sigues ahí sentada?

Todo el mundo estaba frenético. El nerviosismo era palpable. Me colgué una mochila en bandolera, agarré otra bolsa con la mano y cogí a la abuela del brazo. La tía Maryam la sujetó por el otro brazo. Arrastraba los pies como si sus piernas fueran de madera. Tardamos una eternidad en abrirnos

paso entre la multitud que se apiñaba en el pasillo y llegar a la puerta.

Una larga fila de maletas se alineaba en el andén frente al tío Mohsen. El señor Hamidi dejó caer una gran bolsa desde el estribo del vagón, jadeando:

—Mohsen, pesa un quintal. Dile a Siroos que agarre la otra asa.

Siroos miró hacia otro lado. El tío Mohsen frunció los labios y dijo:

—Ya me encargo yo.

Afsaneh se apresuró a ayudarlo.

Miré a mi alrededor con curiosidad, intentando recordar todas las fotos que había visto para reconocerlos.

De pie frente a la puerta del vagón, la abuela tenía la mirada perdida en algún punto. La tía Maryam me susurró:

—¿Tienes sus pastillas a mano?

—Sí, y una botella de agua.

—Dame la mano, mamá —le ofreció el tío Mohsen—. Tenemos que bajar. Hay que dejar salir a los demás pasajeros.

Seguí la mirada de la abuela y me fijé en un grupo de hombres y mujeres de todas las edades, jóvenes y viejos. Los últimos rayos del atardecer me hicieron entrecerrar los ojos. Aquellas personas estaban demasiado lejos para que pudiera distinguir claramente sus rasgos. Los conté. Siete, ocho, nueve, había diez en total, incluidos los niños. Los adultos se volvieron hacia nuestro tren, pero los niños siguieron jugando. ¿Eran ellos?

Las presentaciones se perdieron entre las lágrimas y los besos frenéticos de la abuela. Tuvimos que refrescarle la cara tan a menudo que finalmente no se sabía si su cuello estaba empapado de lágrimas y sudor o de toda el agua que le ha-